

ungidos con recuerdos que interesan á la historia universal, no se paran en el esplendor de aquel cielo andaluz y en la transparencia de aquellos mares meridionales; no atienden, ni á las hermosas lagunas llenas así de plantas como de aves acuáticas, ni á los bosques de pinos cortados por verjeles de frutales y por cepas de viñedo que alegran la campiña; no aprecian tanto mineral esparcido á flor de tierra, ni tanto río cargado con sustancias ricas; no miran siquiera los monumentos mudéjares, de una originalidad tan extraña, y los azulejos multicolores, de unas reverberaciones tan hermosas; no saludan la solitaria palmera crecida entre las costas, en que las navecillas atracan, y el montículo, sobre cuyo tope se levanta la Rábida, aquella palmera, testigo de toda la ya legendaria expedición: en el ánimo de todos privan principalmente las evaporaciones de ideas reveladoras despedidas por la comarca y las figuras tradicionales de una epopeya inmortal, tan admirablemente coronadas de luz por la poesía y por la historia.

CAPÍTULO XVII.

EL DÍA DE LA PARTIDA.

ERA el día 2 de Agosto de 1492 cuando todos los preparativos para el embarque de Colón hacia el mundo ignoto se dieron por terminados, y quedaron avisadas las gentes para que se apercibiesen á la partida, pues no había hora segura de zarpar, librada solamente á la espera de una favorable y necesaria brisa. Como el mar guarda misterios, que parecen divinos, y sorpresas, que parecen providenciales, aquellas ideas religiosas, por la fe cristiana sobrepuestas á todo lo inexplicado é inexplicable, se recrudecen y exaltan en la infinita extensión de los espacios marítimos, como en el silencio nunca interrumpido y en el secreto siempre insondable de la muerte. Por mucho que creamos en la regularidad fatal de las leyes universales y en el enlace y concordancia de todos los fenómenos con el sistema de la Naturaleza rigurosamente lógico y con el equilibrio perdurable de las fuerzas, hay algo, lo cual podrá explicarse por quien todo lo ha causado y todo en sí lo ha comprendido, pero no por nuestra contingente inteligencia, cuya limitación sólo descubre un lado parcialísimo de las cosas, y ahí penetra el enjambre de ideas místicas, subiendo al cielo deliquios de plegaria, espirales de incienso, acentos de órgano,

y bajando del cielo rayos de santa inspiración y rocíos de consoladoras esperanzas. Así, nada tan puesto en razón, y tan justificado por todo aquello apercebido y preparado en aquel minuto solemne, como una procesión de rogativa por los tripulantes hecha desde las carabelas ya dispuestas á partirse, hasta las iglesias, donde se fijaban los ojos como en faro espiritual, superior á cuantos faros materiales pudieran encenderse por los promontorios y por las costas. Poco, muy poco resta de la Rábida, castigada por los cambios sociales, tan parecidos á terremotos, que trastornan desde las instituciones y las leyes hasta los monumentos con sus terribles sacudidas; pero junto á un claustro bien ojival de la época, junto á una techumbre mudéjar de alerce donde Colón fijaría de seguro los ojos, consérvase una efigie muy arqueológica de María, en cuya presencia los marineros acaso rezaran, al rumor de las brisas y de los pinos, las poéticas letanías que denominan luminosa estrella de los mares á la Virgen Madre. ¡Cuántas evaporaciones de mal ocultas lágrimas, cuántos soplos de suspiros profundos, cuántos ecos de plegarias ardorosas, no habrán quedado en el regazo de aquella efigie, preferida en las devociones marineras! Por poco poeta que seáis, no podéis acercaros á la Virgen de la Rábida sin ver en sus sienes tal aureola de recuerdos.

Realizado este acto de piedad, rezada en Palos una misa, las tripulaciones volvieron á las carabelas, donde aguardaron sumisas la orden de zarpar, mientras Colón se recogía en el monasterio y velaba diligentísimo en escucha y atención del aguardado viento. Sublimes horas las que le separaban de los comienzos de su empresa, horas en que se agolparían á su memoria todos los recuerdos transmitidos por lo pasado y á su corazón todas las esperanzas que centelleaban sobre lo por venir y esclarecían los caminos conducentes al anhelado logro de su empresa. Las dos virtudes mayores de Colón resultan la fe viva en Dios y en el amparo de Dios, así como una confianza en sí mismo y en su obra capital proviniente de esta fe viva. Su lectura favorita re-

sulta el Evangelio de San Juan, como el Evangelio resulta, junto á los tres que con él constituyen las revelaciones directas del Dios cristiano, una encarnación milagrosa del Verbo, bastante fuerte y eficaz para mover el sublime piloto á cuajar y cristalizar toda la idealidad aquella que debía cumplir sus seguras esperanzas. Así esperaba poder zarpar el día mismo en cuya madrugada se había entrado, el día 3 de Agosto, por ser viernes, y como viernes, fausto, no obstante lo dicho por viejas supersticiones italianas en contrario, pues en viernes la primera cruzada, dirigida por Godofredo de Bouillón, tomó á Jerusalén, y la última, comandada por los Reyes Católicos, en viernes tomó á Granada. Pero no solamente favorecían los designios suyos estas fechas y reminiscencias célebres; los favorecían también las piadosas tradiciones franciscanas. No comprenderá jamás á Colón quien olvide cuánto la vista suya tenía de telescópica y de microscópica; cuánto el carácter suyo de profeta y de negociante; cuánto el proceder suyo de sinceridad honrada y de doblez florentina: cualidades opuestas, excluidas unas por otras en los espíritus segundos, pero que se armonizan y hasta se completan en los espíritus superiores. Así no descuidó cosa ninguna, ni desatendió á ningún perfil en sus preparativos, sin empecer esta minucia en lo particular á lo sublime del sintético y sobrenatural conjunto. Él supo encontrar quien le procurase dinero para entrar como socio capitalista en la misma sociedad mercantil donde tenía la parte capitalísima de socio industrial. Él dió con lugartenientes, los cuales cooperaron á su obra en la preparación de cosas segundas, á cuyo seno, por bajas, no descendía el influjo de su espíritu altísimo. Él escribió contratos llenos de números y granjerías con los Reyes, al mismo tiempo que dictaba cartas llenas de fantaseos para que le valieran cuando tuviese que presentarse ante la persona del Grande Kan de Mongolia. Y á todo esto añadía sus propias oraciones, muy repetidas é insistentes, sumadas con las oraciones del Rdo. Fr. Pérez y de toda la Comunidad franciscana.

Colón veló sus carabelas desde la noche del 2 á la mañana del 3 de Agosto, ni más ni menos que velaban sus arreos de pelear los caballeros andantes en la Edad Media. Esperábase por todos los marinos expertos un viento favorable á la salida y no había de faltar la vigilancia suya en tan dichosa espera. Como desde sitio, cual el altillo de la Rábida, podía observarse mar y cielo, el piloto con atención sostenida observaba, y parecía en su observatorio ave agorera de las que presagian el cambio en los vientos sobre un pie á la cumbre porosa y humedísima del alto y combatido escollo. La tradición franciscana y los escritores piadosos han puesto aquí un episodio cercano de la leyenda, que si no tiene histórica exactitud, tiene moral probabilidad. En punto de las tres, cuando aun brillaban todos los luceros en el cielo y dormían en la tierra todos los seres, el viento aguardado llegó, difundiendo vida nueva en las venas del descubridor y acelerando con las vibraciones de sus nervios los latidos de su corazón. Los pinos vibraron, como si lanzaran un cántico matinal; y las olas comenzaron á ondular blandamente, cual si latieran, como al soplo de las brisas, al soplo de la esperanza y del amor. Colón despertó al P. Juan Pérez, el P. Juan Pérez al niño Diego, y los tres fuéronse á la iglesia en busca de auxilio celeste y de conhorto religioso para las necesarias terribles separaciones y para el misterioso viaje. Como en la inmensidad etérea lucían las estrellas, en el reducido templo lucían las lámparas. El fulgor de aquéllas esclarecía los derroteros del Océano y el fulgor de éstas esclarecía los derroteros del espíritu. El fraile se revistió y dijo en el altar mayor, ante la Virgen esclarecida por lámparas y cirios litúrgicos, el santo sacrificio. La misa que se decía delante de los altares; la campana que resonaba en el espacio silencioso; la ola que despedía dulce rumor á lo alto; el pino que vibraba como si quisiera murmurar una oración cristiana; el tomillo y la salvia que confundían sus bocanadas de aromas con las espirales del incienso; los rezos del niño lloroso al pensamiento de la separación y los píos armoniosísimos de

las alondras anunciando ya el nuevo día; las brisas del aire y los versículos del ritual; el áureo cáliz resplandeciendo dentro del templo al par que resplandecía fuera el matinal lucero, como destello de la luz ideal el uno, y como destello de la luz material el otro; las evaporaciones lanzadas por el Océano y las lágrimas por el profeta vertidas; todo cuanto sucedía en esta mañana creadora, todo compenetraba el espíritu con la Naturaleza y confundía las criaturas unas con otras en los senos de su divino Criador.

¡Cómo rezaría Juan Pérez aquella misa, una de las más augustas y solemnes, si en esto caben grados, que se hayan jamás dicho en los altares católicos! ¡Y cómo la oiría Colón, pensando en sus deliquios interiores y en sus adivinaciones proféticas, que por aquella noche, á las nupcias divinas del alma humana con el espíritu divino, virgen creación, más bella que la referida por el *Génesis*, é iluminada por una luz más hermosa que la luz material, por la luz del pensamiento redimido y libre, iba en los mares á surgir, como una evocación de su genio. El paso ante sus ojos de los divinos misterios conmemorados en la misa debía confortarle para soportar el recuerdo de los dolores antiguos y apercibirlo para recibir la triste visita de los dolores futuros. He ahí por qué nunca podrá extinguirse la virtud santa del cristianismo, ni contrastarse la milagrosa influencia suya sobre las almas, porque, al revés de todas las religiones, divinizadoras de la fortuna y de la fuerza, ha divinizado la religión cristiana el dolor, el martirio, el sacrificio, la pobreza y la muerte. Pasó ante Colón, como ante todos los reveladores, el melancólico cenáculo, el triste Olivete, la noche del huerto, la venida del ángel con los acíbares de todas las amarguras en su cáliz, el traidor sueño de los apóstoles, el beso de Judas, la negativa de Pedro, las blasfemias de Caifás, los insultos en el Pretorio, la calle de Amargura, las tres caídas, los azotes á la columna, el lazo de los puños, el clavo de las manos y de los pies, la esponja de hieles en los labios, la corona de abrojos en las sienes, el suspiro de dolor que

llenó el Universo, la muerte de todo un Dios en la cruz, es decir, la condensación de todas las lágrimas y de toda la sangre derramada por la humanidad en el triste Calvario de su misérrimo planeta. Después, extáticos los ojos, las manos plegadas, las rodillas en el suelo, no cabiéndole ya el corazón en el pecho ni la esperanza en el corazón, acercóse á la mística cena y tomó el pan eucarístico, por cuya virtud, transfundida en sus carnes y en su sangre la carne y la sangre de Cristo, ninguno de los dolores pasados podían extrañarle y ninguno de los dolores venideros sorprenderle ya, pues á medida que crece la grandeza intelectual y moral en el hombre, también crece la pena y la desgracia en la vida. El alma de Colón estará por una eternidad en el coro donde resplandecen las almas de todos los grandes iniciadores históricos. El carácter intelectual suyo será el carácter intelectual de lo porvenir; una ciencia que no excluya la fe y una fe que no maldiga la ciencia. Como en el Evangelio de San Juan, recitado aquella sublime madrugada por Fr. Pérez al oído del Profeta, será luz material el Verbo divino y Verbo divino la luz material: *lumen de lumine, Deum verum de Deo vero*. La ciencia no se mantendrá en abstracciones puras y estériles, creyendo su ministerio concluído con decir la verdad; tomará de la fe sus piedades por los desvalidos y proclamará que no valen cosa los secretos arrancados al misterio eterno, cuando su revelación marre de algún modo en prosperar el humano bien. Concluiráse todo esto de que la religión se niegue al raciocinio, y de que la ciencia nos condene á la pena capital de una eterna muerte y de un olvido eterno. La grandeza de Colón consistía en esto, en el *Sursum corda* con que respondía su fe espiritual á todas las negativas, y en la confianza de sí con que penetraba sin arredrarse dentro de los misterios: que así como hay fuego bajo la tierra más fría, está Dios bajo la obscuridad más espesa. Sin aquel nativo entusiasmo suyo, nunca concibiera el plan inverosímil que ha renovado la Naturaleza; y sin la pertinacia en su entusiasmo, nunca lo hubiera cumplido; mas no

debe olvidarse que tal fuerza creadora le provino de la misteriosísima suma entre dos factores tan luminosos y tan vivificantes como la religión y la ciencia.

Semejante al Yima que nos presenta el Zendavesta, lanzóse audaz por el camino, donde parecía que se apagaba el sol, y puso muy lejos el ocaso, robándole así dominios á la noche y espacio á las tinieblas. Pero conseguía esto porque sus ideas volaban al mismo tiempo entre las lámparas y entre las estrellas, calentándose así al rayo luminoso del humano saber como al místico fuego del divino altar. Colón se había refugiado en sí mismo cuantas veces lo tendiera derribado por el suelo frío la desgracia implacable, y en sí mismo había encontrado la esperanza; porque, cual en lo más hondo del Universo, en sí mismo había encontrado también á Dios. ¿Nos extrañará que haya sido iniciador quien combinaba los números con los astros y los astros con las ideas y las ideas con los intereses? ¿Nos extrañará que haya hecho hablar á la esfinge de una tierra callada y oculta quien uniera con el dogma el cálculo y á las abstractas operaciones del matemático juntara las prácticas piadosas del creyente? Así, este revelador Hermes ha descifrado jeroglíficos del Universo inscritos en las entradas tormentosísimas del mar tenebroso por la mano del destino antiguo, los cuales jeroglíficos, al caerse y disiparse bajo el conjuro de la palabra del descubridor, nos mostraron á una con ríos tan grandes como nuestros mares y montañas tan enormes que parecían levantar el cielo á mayor altura y floras extrañas y perlas sinnúmero y gentes sin pecado, como si nos hubiera devuelto á la triste descendencia de Adán el perdido paraíso. Los velos que ocultaban esa Isis del mar, á la cual denominamos América por designarla con cualquier nombre, jamás se hubiesen rasgado, si Colón, al mismo tiempo que calculaba, no hubiera creído.

Así, cuando terminó de oír misa y de tomar la comunión, sintióse más fuerte. Y bien lo había menester; porque le inundaban las lágrimas el rostro y le rompían los latidos de su corazón el